

VIII

Dalassene miró en la dirección que le designaba el pintor.

— Es ella, le dijo.

Ambos se quedaron suspensos contemplando á Lucía que salía del castillo. Bajo los vaporosos pliegues de su flotante bata de linón claro, se adivinaba en su porte la gracia de su persona. Las alas del sombrero de paja colocado sobre el negro cabello, daban á su cara juvenil reflejos dorados como los de una hermosa fruta que han acariciado, sin madurarla, los fuegos del estío. Con la sombrilla en una mano y el abanico en la otra, y una escarpela tricolor en el pecho, se dirigía al parque atravesando el terrado, y no veía á sus dos admiradores escondidos en el grupo de tilos.

— ¡Ah! cómo te comprendo, dijo Belliere. ¡Jamás ha afirmado la potencia del Ser supremo una belleza

tan pura y tan perfecta! Solamente él ha podido modelar semejante obra maestra.

— ¿La juzgas digna de tu pincel? preguntó Dalassene. ¿Querías darme el placer de hacer su retrato?

— Haré más aún, si ella se digna consentirlo; la pondré en un cuadro del que acabo de comenzar el boceto: *Telémaco y Calipso*. Se la verá disputando su amante á Mentor. Esa mujer realiza el tipo que yo he soñado. Que consienta, é inmortalizaré sus facciones y pasará á la posteridad con mi obra. ¿Te encargarás de mi petición, colega?

— Más vale que la hagas tú mismo, respondió alegremente Dalassene.

Y levantando la voz, llamó:

— ¡Querida Lucía!

La joven se volvió y avanzó sonriente.

— No había visto á ustedes, ciudadanos, dijo. Iba en busca de mi hermana que debe de estarme esperando en el pabellón del parque.

Belliere saludó sombrero en mano, tan respetuosamente como lo hubiera hecho bajo el antiguo régimen, cuando las costumbres no se resentían aún de la fría rudeza de las formas republicanas.

Dalassene le presentó.

— Mi amigo el pintor Belliere, mi colega en la Convención. Viene á pasar unos días con nosotros.

— Con mucho gusto mío, respondió Lucía. Conozco sus obras de usted, ciudadano, y las he admirado

mucho para no estar orgullosa de conocer á su autor, una de las glorias de la República.

Mientras Belliere se ponía muy hueco con tales elogios, Dalassene dijo:

— Belliere tiene que hacer á usted un ruego, Lucía.

— Si está en mi poder el complacerle, es cosa hecha.

Belliere se explicó y habló del boceto que tenía empezado y de la dificultad de encontrar un buen modelo.

— He concebido la esperanza, ciudadana, de que quiera usted dejarme copiarla para la primera figura de mi cuadro.

Fué aquello dicho con humildad y en tono de deferencia, y si los que estaban acostumbrados á ver á aquel famoso convencional agitarse, violento y huraño, en los clubs y en los bancos de la Convención, hubieran sido testigos de su humildad delante de una linda mujer, no le hubiesen conocido.

Antes de responderle, Lucía solicitó con los ojos el parecer de Dalassene, y, habiendo adivinado que era favorable al deseo de Belliere, prometió ir á ver al pintor á su estudio en cuanto estuviese de vuelta en París.

— ¡Cuánto agradecimiento el mío, ciudadana!

— No es á mí á quien se lo debe usted, ciudadano, sino á su amigo. Una negativa de su parte, hubiera provocado la mía.

— ¿Es usted, entonces, la esclava, bella ciudadana? dijo Belliere fingiendo admiración.

— Sus deseos son órdenes para mí, confesó la joven. Es verdad que él también me obedece. En Saboya, cuando he solicitado su intervención en favor de algunos desgraciados considerados como sospechosos, han sido objeto de su clemencia.

Belliere aguzaba el oído, y, sin que se pudiera saber si hablaba seriamente ó en broma, exclamó:

— ¿Se ha hecho usted abogada de conspiradores, ciudadana?

— Nunca he defendido más que á inocentes, respondió Lucía.

— No porfies con ella, Belliere, dijo Dalassene interviniendo. Lucía ha dado demasiadas pruebas de su celo republicano para que pueda ser sospechosa de tibieza. Pero es mujer, no se puede exigir de ella que sea insensible á la desgracia de tantos pobres diablos como estamos obligados á castigar y que no han cometido más culpa que ceder á las sugerencias del fanatismo. Aquellos cuya gracia he obtenido por sus ruegos, no eran peligrosos.

El pintor recobró un aspecto benévolo y se inclinó ante Lucía.

— Reconozco, ciudadana, que la habían á usted calumniado.

— ¿Quién? preguntó Lucía. No conozco á nadie en París.

Una voz clara y gozosa sirvió de eco á esta pre-

gunta. Era Clara de Palarin que venía, seguida de Esteban Jerold, con la mirada brillante, la cara un poco sofocada y radiante de juventud bajo su traje blanco. La joven dijo á su hermana:

— Me he cansado de esperarte, y he vuelto.

Clara reía al hablar, pero la presencia de Belliere, que le presentó su hermana, la puso seria. Dalassene, encantado de que un incidente cortase la conversación comenzada entre su amada y su colega, interpeló á Esteban.

— Te había dicho que mi parque te reservaba sorpresas; ¿me he engañado?

— He encontrado á esta joyen ciudadana.

— ¿Y habéis hecho conocimiento?

— Gracias á mí, respondió Clara, pues él pasaba sin decirme palabra. Confiese usted, caballero, dijo á Esteban, digo, no, ciudadano, que he sido yo la que ha hablado la primera.

— Es verdad, ciudadana, pero confiese usted también que en seguida le he hecho preguntas, muchas preguntas, demasiadas acaso.

Esta escena, á la que imprimían una fisonomía encantadora la juventud y la gracia de los actores, acabó de arrancar á Belliere de sus preocupaciones habituales, casi siempre sombrías y graves. Su cara expresaba la paz que sucedía en su mente á las febriles agitaciones de su vida pública. La alegría que reinaba á su alrededor le ganaba, y el pintor se entregó á ella.

— Reclamo toda su indulgencia para este mozo, joven Hebé, dijo á Clara. Tiene el aire torpe y tímido, pero lo es solamente con el sexo bello y no lo fué en Valmy frente á los prusianos. Allí se batió como un león y fué herido. Es justamente su herida lo que le ha traído á mi estudio. Si Belona hubiera tenido piedad de él, hubiera sido émulo de Marte; pero lo será de Zauxis, de Apeles y de Belliere. Le tengo por mi mejor discípulo y le quiero como á un hijo.

— Me colma usted de favores, maestro, murmuró Esteban.

Clara fijaba en Belliere unos ojos en los que se revelaba el candor de su alma.

— Sabía su historia tan bien como usted, caballero, no, ciudadano.

— ¿Le ha contado á usted su vida?

— Y, acaso, también usted le ha contado la suya, Clara, añadió Dalassene.

— Nos hemos dicho muchas cosas.

Dalassene, divertido por estas frases, se acercó á Lucía.

— No pierden el tiempo, dijo en confidencia. Nuestro ejemplo es contagioso.

— ¡Nuestro ejemplo! ¡Oh! no, Roberto, no hables así, suplicó Lucía.

Y se le llevó aparte hablándole pálida y febril.

— No siento nada de lo que he hecho, bien lo sabes, y sabes también que sobre mi felicidad se

cierne una sombra, el temor de que Clara adivine la verdad. No ignora que te amo y que está decidido nuestro matrimonio; pero he necesitado milagros de habilidad y no sé cuántas mentiras para hacerle aceptar mi divorcio como el ejercicio de un derecho legítimo. ¡Si ahora fuese á sospechar el carácter de nuestras relaciones! ¡Pobre inocente! ¡Empañar su blancura de azucena! Sería para mí un remordimiento eterno.

Temblaba su voz, y Dalassene, entristecido al ver que las lágrimas obscurecían sus ojos, se esforzó por consolarla.

— Somos prudentes y tu hermana no sabe ni sabrá nada. En cuanto á ese joven que parece que le agrada, si alguna vez le amase podría casarse con él en la seguridad de ser dichosa. Belliere me ha hablado de él con frecuencia, y es un corazón puro, fiel y leal.

Dalassene dejó á Lucía, no queriendo excitar más la curiosidad de Belliere, que no los perdía de vista mientras hablaba con Clara y con Esteban. Pero cuando se acercaba al grupo, se quedó admirado al ver aparecer á su secretario.

— ¡Tú, Formanoir! Yo te creía ya lejos.

Formanoir le llevó aparte y se apresuró á decirle las causas de su regreso.

Se había puesto en camino, cuando, al atravesar el pueblo, su coche fué detenido delante de la posada por dos viajeros á quienes el posadero había dicho

que él era el secretario del ciudadano Dalassene. Aquellos hombres querían ver al convencional para un asunto urgente y llegaban para eso de París.

— Me han preguntado si estaba usted en el castillo, y, al oír mi respuesta afirmativa, me han declarado que querían venir y he vuelto con ellos suponiendo que, después de su visita, tendría usted que darme alguna nueva comisión para París. Están esperando en la galería.

— ¿Te han dicho sus nombres?

— Lo habían escrito de antemano en este papel que me han dado cerrado.

Dalassene tomó el pliego, desgarró el sobre, leyó y Formanoir le vió palidecer. La carta decía: « El ciudadano Berryer, abogado, acompañado del ciudadano Ninart Mausabré, solicita del ciudadano Dalassene un momento de conversación, y espera que, vista la urgencia, no le será rehusado este favor. Salud y fraternidad. »

— Has hecho mal de decir que yo estaba en Chanteloup, dijo Dalassene sobreponiéndose á su turbación, porque me has puesto en la imposibilidad de no recibir á esa gente.

— Se los puede despedir, respondió Formanoir inclinando la cabeza ante aquella reprimenda.

— Los recibiré. Tú márchate en seguida, y, sobre todo, no hables á nadie de esta visita.

Formanoir desapareció y Dalassene se quedó unos minutos pensativo y con los ojos fijos en la carta,

preguntándose por qué motivo habían ido á Chanteloup su abuelo y Berryer.

Antes de ir á buscarlos, tenía que desembarazarse de Belliere. Se acercó al grupo en el que el pintor estaba prodigando su ingenio para Lucía y su hermana, y se excusó por estar obligado á dejarle un momento á fin de recibir á unas personas venidas de París.

— Vete á tus asuntos, respondió Balliere, y no te excuses. Me dejas en muy buena compañía para que pueda quejarme.

— Las ciudadanas van á acompañarte al pabellón y yo iré á buscaros dentro de un momento.

Belliere se alejó hablando con Clara y con Esteban. En cuanto á Lucía, después de haber fingido seguirlos, se volvió hacia atrás y detuvo con una palabra á Dalassene que se dirigía al castillo. Lucía estaba alarmada por aquella visita. ¿Quiénes eran los visitantes? Roberto se los nombró.

Lucía dió un grito de espanto.

— ¿Qué vienen á hacer aquí?

— Lo sabrás cuando me lo hayan dicho, querida Lucía.

— ¡Acaso quieran separarnos!

— ¡Separarnos, querida amiga! ¿Qué potencia en el mundo sería capaz de ello? La muerte acaso, y aun ella no haría más que reunirnos.

Y, para tranquilizarla, la atrajo á sus brazos y le dijo tiernas palabras, como cuando estaban solos y libres de prodigarse su amor.

— Y, ahora, déjame, dijo Roberto rechazándola con ademán afectuoso. Vete á buscar á Belliere y retenle allí hasta que se haya marchado mi abuelo.

Dalassene la dejó creyéndola dispuesta á obedecerle, pero ella le siguió con los ojos hasta la puerta del castillo y le siguió, dispuesta á escuchar lo que iba á decirse.

Antes de entrar en la galería en que le esperaban los viajeros, Dalassene se miró en un espejo y se vió pálido y tembloroso.

— Parezco un moribundo ó un criminal, pensó. Y, sin embargo, he afrontado situaciones más difíciles. ¿No seré ya dueño de mí?

Era preciso dominar aquella emoción demasiado visible, y lo logró. Su mirada se aclaró, su fisonomía se puso sonriente y cuando empujó la puerta de la galería, parecía un hombre sin temores ni remordimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

IX

Dalassene no vió al pronto más que al ciudadano Berryer sentado y con el sombrero á su lado en una mesa. Le conocía por haberle encontrado en los pasillos de la Convención. Era un hombre joven, listo y vigoroso, en posesión entonces de una gran notoriedad, á la que debía sobrepasar más adelante la de su hijo, uno de los más ilustres oradores de nuestros días. Al entrar Dalassene, Berryer se levantó para saludarle y el convencional vió entonces al anciano Mausabré, que estaba paseándose con las manos cruzadas en la espalda y que se detuvo brusca-mente al ver á su nieto.

— ¿A qué debo el honor de esta visita, abuelo? le preguntó Roberto con expresión deferente y familiar al mismo tiempo. ¿Viene usted á devolverme su corazón? ¿Me trae usted su perdón?

Las dos últimas preguntas eran imprudentes, y Dalassene no lo comprendió hasta después de ha-

berlas hecho. Mausabré hubiera respondido á la primera explicándose. Las otras dos encendieron la pólvora, le irritaron y su nieto le vió tan implacable como en Turín.

— Devolverle á usted mi corazón... Perdonarle... ¿Cómo puede usted suponerlo conociéndome? No puedo perdonarle cuando á todos sus crímenes ha añadido usted otro más atroz aún arrancando una mujer á su marido y no temiendo arrastrar á su hermana á esta vergüenza, porque están aquí, lo sé.

— Han venido de buen grado, respondió Dalassene, irritado por aquel comienzo de conversación que no esperaba. Están aquí libres y si permanecen es porque quieren.

— Eso quiere decir que las ha pervertido usted.

— No, es porque Lucía debe ser mi mujer en cuanto se haya pronunciado su divorcio.

— ¡Su divorcio! exclamó Mausabré. ¡A eso ha conducido usted á esa desgraciada!

— Casada por fuerza con un hombre á quien no amaba, tiene derecho á romper sus cadenas.

Y como Roberto sostenía la mirada de su abuelo sin bajar la suya, cayó sobre él una acusación todavía más injuriosa que la precedente.

— Lo que comprendo, caballero, es que es usted indigno para siempre de la estimación de las personas honradas y del cariño de sus parientes.

— ¡Y ha venido usted para hablarme así! exclamó Dalassene.

Berryer trató de cortar aquel debate patético.

— Ciudadano Ninart, me había prometido usted no dirigir reproches á su nieto.

— Déjale, ciudadano Berryer, dijo desdeñosamente Dalassene; le he oído otros muchos.

Mausabré ya no se contenía y, amenazador, con el brazo levantado como para pegarle, hubiera dejado caer la mano en la mejilla de su nieto si Berryer no se hubiera precipitado para retenerle.

— ¡Oh! mi anciano amigo, por favor, recuerde usted con qué objeto estamos aquí.

Aquella advertencia clavó en su sitio á Mausabré.

— Tiene usted razón, Berryer, balbució.

El anciano se pasó las temblorosas manos por la cara contraída por la cólera. Ahogábanle los sollozos que sacudían su pecho. Se dejó caer en el sillón y dijo con voz alterada dirigiéndose á Dalassene:

— Tiene razón; habiendo venido como solicitante, he hecho mal de ver siempre en usted el hijo de mi hija y de no olvidar los vínculos de sangre que le unen á mí. Pero lo olvido y le ruego que no vea en mí más que un desgraciado digno de piedad. Si no se ha extinguido en usted todo sentimiento humano, me ayudará á disputar al verdugo una cabeza querida.

— ¡Una cabeza querida! repitió Dalassene estupefacto y compadecido. Explíquese usted, abuelo.

Mausabré quiso proseguir, pero le faltaron las fuerzas.

— Háblele usted, Berryer. Yo no puedo.

Berryer tomó la palabra :

— Oye de lo que se trata, ciudadano. El hermano de tu abuelo, Ninart de Lavoix, ha sido declarado en estado de arresto...

— ¡El hermano de mi abuelo!

— Desde ayer, está preso por mandato de la Junta de Seguridad general. Me ha escogido por defensor y yo he aconsejado á su hermano el paso que hoy damos viniendo á verte.

— ¿De qué se le acusa?

— Del registro verificado en su casa, resulta la prueba de que ha enviado fondos á Turín.

— ¡La prueba! Luego es verdad... dijo Dalassene.

— Yo fui quien los transporté, confesó Mausabré.

— Es inútil decirlo, abuelo. Esa confesión le haría á usted cómplice de su hermano y no le salvaría.

Y Dalassene dijo suspirando :

— Está perdido.

— A no ser que tú intervengas en su favor, ciudadano, respondió Berryer.

Mausabré se irguió interpelando á su nieto.

— No irá usted á negarle su protección.

Dalassene hizo un gesto de piedad y, aunque avergonzado de la respuesta que estaba obligado á dar, la formuló de este modo :

— No puedo hacer nada por él... Nada, nada. Se me cree poderoso y debiera serlo después de tantos

servicios prestados á la patria. He abrazado la causa de la libertad; me he sacrificado por ella; he fundado la República en Saboya y he formado parte de la Junta de Seguridad general. He aquí ciertamente con qué justificar el poder que se me atribuye. Pues bien, ese poder descansa en arcilla y está á merced de un accidente, de una denuncia. Robespierre me tiene envidia, le ofende mi popularidad y me guarda rencor por mi amistad con Danton; Saint-Just afecta escandalizarse por mi lujo y por mi vida de placeres; Bourdon (del Oise) no me perdona el ser procedente de una casta privilegiada, aunque haya salido de ella ruidosamente; Billaud-Varennes, que es un traidor y teme que yo le denuncie, trata de hacer pesar sobre mí la responsabilidad de sus infamias imputándome ser realista. Estoy vigilado como un sospechoso y acechado por odios sin merced. Se afecta no tenerme en cuenta y la prisión de mi tío es un golpe dirigido á mí, esperando que querré defenderle y que, al hacerlo, me comprometeré.

Roberto dejó de hablar, agotado por estas quejas de punzante amargura.

— Ya le está usted oyendo, Berryer, dijo Mausabré con sarcasmo.

— ¡Oh! no me agobie usted abuelo; no digo más que la verdad. Para salvar á su hermano, daría toda mi sangre si así pudiera impedir que corriese la suya. Pero sería inútil que la diera. Lo repito, no puedo hacer nada.

— ¡Cómo, ciudadano! ¿Ni siquiera dos palabras para el miembro de la Junta que debe interrogar mañana al acusado? dijo Berryer.

— ¿Quién es?

— El ciudadano Jagot.

— Un bruto, un bicho venenoso. Consiento en introducirte hasta él, Berryer, pero no te hagas ilusiones sobre el efecto que producirá mi carta.

Acercóse rápidamente á la mesa y trazó unas líneas que leyó en seguida en alta voz: « Ciudadano colega, reclamo tu benevolencia para el ciudadano Berryer, abogado y buen patriota. Tiene que presentarte una demanda y deseo que tengas á bien acceder á ella. »

Firmó esta esquila, la dobló, puso la dirección y se la dió al abogado.

Pero fué Mausabré quien se apoderó de ella, la desgarró y arrojó los pedazos al suelo.

— No quiero que Berryer sea víctima de su valor y que sea incriminado por llevar esta recomendación, que usted mismo declara inútil.

— La he escrito para probar mi buena voluntad, dijo Dalassene. Pero he creído deber advertir que no sería eficaz y podía ser peligrosa.

La cara del anciano respiró de nuevo cólera y desprecio, y sus reproches volvieron á empezar.

— ¿Y para llegar á esta declaración de impotencia ha acumulado usted faltas sobre faltas? ¿Ha sido para ver á sus cómplices convertirse en enemigos y aplastarle á usted por medio de las tradiciones que

ha renegado, negándose á creer en la sinceridad de su apostasía? Le compadecería á usted si fuese su víctima, pero saludaría en esa suerte la manifestación de la justicia de Dios. ¡Le pido que sea clemente para usted!

Una mirada dirigida al cielo coronó este vehemente apóstrofe, sin que se pudiera comprender si el anciano llamaba los castigos sobre la cabeza del culpable ó si imploraba en su favor la misericordia divina.

Dalassene estaba resuelto á no responder más, pero viendo á Mausabré dirigirse á la puerta, tuvo un impulso hacia él.

— No se vaya usted así, abuelo. Espere á estar más tranquilo y á haber descansado y tomado algún alimento.

Mausabré pareció no haberle oído y no se volvió más que para decir á su abogado:

— Venga usted, Berryer, tengo prisa por estar fuera de aquí.

Y ambos salieron sin que Dalassene tratase ya de detenerlos.

Aquella escena le había conmovido, y Roberto quería echar fuera sus impresiones irritantes y dolorosas, reponerse y apaciguarse, antes de ir á reunirse con Belliere. Necesitaba un aislamiento de unos instantes, pero no tuvo tiempo de procurárselo, pues cuando se felicitaba por estar solo, un ruido de pasos le advirtió que se felicitaba en vano.

Era Lucía, no menos agitada que él.

— He estado ahí y no he perdido nada de esta conversación. ¿ Son verdad, Roberto, esos odios de que hablabas? ¿ Por qué me los has ocultado?

Dalassene fingió una sorpresa y una afectuosa piedad.

— ¡ Pobre ángel! ¿ Por qué había de turbar tu tranquilidad? Te hubieras alarmado por cosas que no llegarán, acaso, nunca.

— Tú las temes sin embargo. No se lo has disimulado á tu abuelo.

— ¡ Bah! he exagerado mucho para desembarazarme de él.

Por muy tiernamente que esto fuese dicho y aunque Roberto daba á su mentira el acento de la verdad, Lucía permaneció incrédula.

— No mientas, Roberto; no lograrás engañarme. Eres generoso, y si pudieras salvar al desgraciado en cuyo favor se te imploraba, lo harías. Si le rehusas tu apoyo es porque son reales esos peligros que ahora niegas después de haberte servido de pretexto. Existen, estoy segura, y recordando lo que Belliere decía hace un momento de las calumnias dirigidas contra mí y que le has impedido revelar, tengo que creer que mi presencia á tu lado las agrava.

— Es una locura creer eso, Lucía mía, protestó Dalassene.

Vanas negaciones que no impidieron á Lucía insistir.

— ¿ Por qué me ocultas la verdad?

Y acercándose á Roberto, le dijo mirándole á los ojos:

— Escucha, amado mío, no puedo creer en tu amor y no arrepentirme de la falta que me ha hecho cometer, más que si me consideras desde ahora como tu esposa, como tu mujer de los buenos y de los malos días, la compañera para la cual no se tienen secretos... ¿ Comprendes?

Dalassene sintió que su corazón se fundía ante esta tierna exigencia, brillante testimonio de una pasión igual á la suya.

— Pues bien, lo sabrás todo puesto que quieres saberlo, puesto que invocas tu derecho de no ignorar nada de lo que me concierne. Es exacto que en este momento estoy obligado más que nunca á no hacer nada que pueda ser interpretado contra mí por los que me envidian. Soy objeto de sus calumnias, atizadas á placer por una criatura pérfida y cobarde.

— Una mujer! exclamó Lucía.

— Aquella Villars de la que te he hablado y de la que me avergüenzo de hablarte otra vez. La conocí después del rompimiento de nuestros esponsales, quise olvidarte y fui bastante loco para hacerle creer que la amaba. Después de unas relaciones demasiado largas, puesto que eran degradantes, aproveché la ocasión de librarme de ella...

— No ignoraba esa historia, objetó Lucía; me la habías confesado.

— Pero lo que no te he dicho es que la miserable ha querido volver á apoderarse de mí. No pudiendo lograrlo y convencida de que si resisto es por tu instigación, se venga excitando á mis enemigos y dándoles armas para perdernos á ti y á mí.

— Eso es lo que me ocultabas. De modo que si te ocurriera una desgracia, sería por mi culpa.

Dalassene protestó.

— No puede ocurrirme desgracia alguna. Yo aplastaré á esa víbora.

Lucía se quedó pensativa un momento y después murmuró:

— Las víboras tienen la vida dura; acaso sea mejor que te deje.

¿Hablabas con sinceridad ó sólo tratabas de provocar una protesta de su amante. Roberto no se lo preguntó y su actitud, su lenguaje, convencieron una vez más á la joven de que Dalassene preferiría morir defendiendo su amor antes que renunciar á él.

— ¡Dejarme, cuando tocamos á la felicidad! No lo consentiré jamás, Lucía, declaró Roberto. Serás mi mujer. Ahuyenta esos vanos temores; unidos como estamos, descubriremos todos los lazos y conjuraremos todos los peligros. Y si debiera sucumbir, no sería, al menos, sin haber agotado todas las delicias de la ardiente ternura que nos ha unido el uno al otro.

Lucía es estrechada más y más contra él.

— ¡Qué tuya me has hecho, Roberto! Lo más cuerdo sería separarnos; pero lo veo, lo siento, no tengo valor para quererlo.

— Aunque lo tuvieras, yo tendría el de retenerte, respondió Roberto.

Se separaron vivamente.

Se oían pasos en la pieza próxima. Lucía fué á abrir la puerta y vió á su hermana que llegaba corriendo.

— ¿Qué me quieres, querida? preguntó sobreponiéndose á su turbación.

— Venía á buscarte. ¿Por qué me dejas sola con nuestros huéspedes? Es un poco violento para una muchacha.

— Tiene usted razón, Clara, dijo Dalassene. Voy á reemplazar á usted á su lado, ó, mejor dicho, á procurar que tengan paciencia esperando á usted y á su hermana.

Y salió tan tranquilo en apariencia que Clara no adivinó que su llegada había interrumpido una conversación candente que hubiera podido enseñarle lo que ella debía ignorar.

Así lo temió al pronto su hermana y su temor no se había aún disipado, pues percibía en aquella deliciosa cara señales de una agitación que no se explicaba. Lucía, pues, quiso saber á qué atenerse.

— Me parece que estás muy agitada, Clara...

Y añadió fingiendo un tono de broma:

— ¿Es tu encuentro con ese joven lo que te ha puesto en tal estado?

— ¡Oh! Lucía, qué idea...

— No te alarmes, querida sensitiva. Si te ha dicho que te encuentra bonita, no serás muy culpable por haberle escuchado con complacencia. Todas somos así, y el primero que nos lo dice nos conmueve siempre un poco.

— El señor Jerold no me ha dicho semejante cosa; es demasiado respetuoso para eso. Pero yo he creído comprender que no le disgusto. Puede ser que me haya engañado.

— ¿Querías haberte engañado? dijo Lucía divertida por aquellas confesiones.

— Me preguntas demasiado, respondió Clara. Nos conocemos aún tan poco el señor Jerold y yo... Pero si he de juzgarle por lo que me ha contado de su vida y por la solicitud que ha mostrado al preguntarme la mía, es un hombre sincero y bueno, y, en ese caso, sus homenajes no dejan de tener precio. Además, tiene entusiasmos iguales á los míos; admira lo que yo, la naturaleza, las hermosas obras, el desinterés, el valor. Tiene talento y confianza en su porvenir de artista. Venera á su maestro Belliere, pero está desolado al verle figurar entre los terroristas, y, como nosotras, deplora también el ver entre ellos á Roberto. En fin, no hay una opinión suya en la que no encuentre un reflejo de las mías.

— Pero eso es un panegirico, dijo riendo Lucía.

No hablarías de otro modo si quisieras casarte con él.

— Peor podría escoger.

Lucía se volvió á poner seria.

— Guárdate de abandonarte á tal pensamiento, querida. Nuestra familia es ilustre y el señor Jerold es de raza muy obscura. Los malos días pasarán, la nobleza recobrará sus privilegios y acaso entonces deploras tu elección...

— No se trata por hoy de elegir, interrumpió Clara, y por otra parte, no sé si el señor Jerold me querría. Pero si estuviéramos de acuerdo para unirnos, no sentiría jamás el haberme casado con él, así como tú no sentirás haberte divorciado para casarte con el señor de Dalassene.

— No es lo mismo; Roberto es noble.

— Bien lo ha olvidado, no pudo menos de replicar Clara, y acaso vale más no serlo que olvidar que se es. Por lo demás, añadió tomando el brazo de su hermana para llevarla adonde estaban sus huéspedes, ¿para qué prever el porvenir? Será lo que Dios quiera.

Lucía se dejó llevar, silenciosa. ¡Pero cuántas emociones bajo aquella tranquilidad aparente! Las alusiones de Belliere á las calumnias de que ella era objeto por parte de los enemigos de Dalassene, las declaraciones de éste, la visita del abuelo, sus predicciones amenazadoras y, en fin, la certeza adquirida de que era objeto de un odio de mujer, eran otros tantos hechos demasiado significativos para

que la joven pudiera dudar de la realidad de los peligros que hacía correr á su futuro esposo su presencia á su lado y á los que ella misma estaba expuesta.

Lucía hubiera desdeñado esos peligros si no hubieran amenazado más que á ella. Por desgracia, amenazaban á Roberto. La joven concebía una especie de espanto y se preguntaba si debía desaparecer de su vida. ¿Pero no sería ya tarde? ¿Su desaparición bastaría ya para desarmar las enemistades que temía menos por ella que por él? Y después, abandonarle al precio de una inmolación tan cruel, ¿no sería privarle de un apoyo benéfico y de una asistencia consoladora? Las circunstancias que atravesaría, ¿no le harían ese apoyo más necesario que nunca?

Estos pensamientos la preocuparon hasta el fin de aquel día. Venida la noche y sola con Roberto, se los dijo de nuevo. Lucía no le hubiera guardado rencor por dejarse convencer de la necesidad de una separación; hubiérase sacrificado sin quejarse si él hubiera parecido resignado á dejarla marcharse. Pero él estaba muy lejos de querer resignarse.

— Te tengo y te guardo, le había dicho en Turín en la noche que vió consumarse su caída.

La misma respuesta oponía ahora á sus solicitudes, y como estaba ya más sujeta al yugo de su amor, no encontraba en ella la fuerza necesaria para sustraerse á él y huir.

X

La estancia de Lucía y de su hermana en Chateaufort se había prolongado hasta fin de octubre ó, para hablar según el calendario republicano, que, desde el 22 de septiembre, reemplazaba el calendario gregoriano, hasta el comienzo del mes de brumario del año dos de la República. En esta fecha en que anochece temprano y en que la naturaleza empieza á vestirse, como dice el poeta, con su manto de viento, de frío y de lluvia, el campo parecía á la joven menos provisto de encantos que durante el verano.

Hubiera sido feliz, sin embargo, de poder seguir viviendo en él si Dalassene hubiera podido quedarse con ella más tiempo que el que pensaba. Pero los dramas que se desarrollaban en la Convención, las rivalidades que habían surgido entre la Junta de Seguridad general, de la que él formaba parte, y la Junta de Salvación pública, y, en fin, las ardientes

luchas de las facciones que se disputaban el poder, exigían ahora su presencia continua en París.

El Terror desencadenado hacía la situación todavía más espantosa. La guillotina funcionaba con rabia y, después del rey, había segado inocentes y culpables. Carlota Corday había expiado en ella el acto que libró á Francia de Marat. La reina, los Girondinos, el duque de Orleáns, Manuel, Bailly, André Chenier, habían perecido, como tantos otros más oscuros. El siniestro instrumento no descansaba, exigente, insaciable, esperando siempre nuevas víctimas. Robespierre y Saint-Just se las prometían incesantemente; los herbertistas, los dantonistas, todos los que en la Convención ó fuera hacían sombra á los triunviros, eran dedicados á la muerte, y ocho mil sospechosos llenaban las cárceles de París.

El ejemplo de los hechos sangrientos llevados á cabo en la capital encontraba imitadores en gran número de ciudades, en Lyon, en Nantes, en Marsella, en Burdeos y en otras partes. Por doquiera el moderantismo era ahogado en sangre; estableciáse en todas partes el culto de la Razón y en todas también, excepto en la Bretaña y en la Vandé, donde la rebelión hacía frente á los ejércitos de la República, las poblaciones, aterrorizadas, inclinaban la cabeza ante las leyes que la energía de unos cuantos arrancaba á la debilidad y al espanto de la Convención.

No estaba ya en la mano de Dalassene el alejarse

del teatro en que se sucedían con vertiginosa rapidez esos acontecimientos trágicos. El cuidado de su seguridad personal le obligaba á seguirlos de cerca, á no dejar ya los bancos de la Asamblea y, en fin, á estar siempre á punto de responder á los ataques de sus adversarios.

Su presencia no era menos necesaria en la Junta de Seguridad general, condenada más que nunca á defenderse de las intrusiones de la de Salvación pública desde que Robespierre formaba parte de ésta. La batalla era demasiado tumultuosa, demasiado mortífera para que fuera permitido á los combatientes desertar, siendo, sobre todo, su vida misma lo que amenazaba el Terror, y tan directamente como si ellos no hubieran sido los principales promovedores de todos aquellos hechos llevados á cabo en nombre de la libertad.

Dalassene iba, pues, cada vez menos á Chanteloup y sus apariciones eran allí tan breves como raras. Esto entristecía á Lucía. Saber que estaba expuesto en París á peligros que, aun siendo formidables, resultaban aún exagerados por su imaginación, sobre todo desde que sabía que Ninart de Mausabré había sido preso como cómplice de su hermano, la tenía en estado de constante alarma y siempre alterada.

— No vivo cuando estás lejos de mí, decía á su amante.

No le decía más que la verdad, y los días que

transcurrían estando él ausente, eran días de llanto y de duelo. Esto sugirió á Lucía la idea de ir á vivir en París y la decidió á decirselo á Roberto un día en que fué á pasar unas horas en Chanteloup.

Dalassene trató al principio de hacerle desistir de ese proyecto. París era un infierno. La vida social estaba allí interrumpida. La calle pertenecía á una plebe brutal y fanática. ¿Para qué ir á arrojarse en ese foco de muerte? Por otra parte, el hotel Palarin, donde nació Lucía, había sido confiscado como propiedad de emigrado y la joven hubiera tenido que buscar otro domicilio. Era, pues, más prudente estar en Chanteloup. Pero Roberto no logró convencerla. Cuanto más rogaba él, más ella resistía. Quería vivir á toda costa donde viviera él. Finalmente, Roberto tuvo que ceder á aquella voluntad de mujer que cifraba su fuerza en una solicitud amorosa llevada hasta el paroxismo.

En París, vivía Dalassene en un segundo piso de la calle del Mont-Blanc. Encima de su cuarto había uno desalquilado, y lo alquiló para las ciudadanas Palarin, le amuebló en pocos días y, en la primera década de brumario, Lucía se instaló allí con Clara y la Gerard.

Apenas llegada, ocupóse Lucía en hacer pronunciar su divorcio, no porque estuviese resuelta á casarse con Dalassene en cuanto hubiera sido resuelto, pues por mucho que fuese su deseo de ser su mujer y salir así de la situación irregular á que su amor

la había sometido, temía atraerle nuevos peligros poniéndole más en evidencia. Temía sobre todo excitar la cólera de aquella Villars cuyo resentimiento le había revelado Roberto y en la que ella veía una enemiga implacable. Quería esperar para casarse á que los acontecimientos hubieran desarmado á aquella despreciable y perversa criatura, ó que el crédito comprometido de Dalassene se hubiera afirmado bastante para vencer todos los odios desencadenados contra él.

En cambio estaba impaciente por romper el vínculo que la unía al conde de Entremont y recobrar su libertad. Ese sería un paso decisivo en la vía que estaba recorriendo desde su fuga de Turín. El matrimonio vendría después, y aunque Dalassene tuviera prisa por contraerle, había logrado convencerle de la necesidad de aplazar su celebración hasta un momento más favorable para el goce perfecto de la dicha que esperaban. Por otra parte, ¿no gozaban ya esa dicha? ¿Y no era bastante grande, en su forma incompleta, para hacerles esperar la hora en que podrían hacerla definitiva?

Dalassene estaba en aquel momento más engolfado que nunca en la tormenta que pasaba por Francia, tormenta fecunda en múltiples exigencias que resultaban del estado interior del país y de la obligación de defender sus fronteras contra los ejércitos extranjeros. Su vida pública absorbía casi todos sus instantes y no le dejaba la facultad de consa-

grarse enteramente á Lucía. Roberto aceptó, pues, su opinión y ambos convinieron en esperar mejores días para casarse, ó, al menos, que se produjese una clara en el cielo tempestuoso bajo el que vivían. Pero esta resolución no retardó el divorcio que deseaba Lucía.

Obteníase entonces sin dificultades, sobre todo cuando el esposo contra el cual se pedía estaba inscripto en la lista de emigrados. Bastaba que el esposo reclamante se presentase á la municipalidad de París con un acto de notoriedad haciendo constar la ausencia de su conjunto, para que se accediese á su demanda. En estas condiciones fué anulado el matrimonio del ex conde de Entremont con la ex condesa. Lucía estaba en adelante libre según la ley.

Lo estaba sin que lo supiera su marido. Desde que se volvió á Saboya, no le había escrito ni le había dado noticias suyas. Las cartas que él debió de dirigirle á Turin, se habían quedado sin duda en la casa Gavotti, y la joven no hubiera podido reclamarlas y hacérselas enviar á Francia sin incurrir en las leyes que castigaban de muerte á todo el que sostuviese relaciones con los emigrados. Por mucho deseo que tuviese Lucía de advertir al conde de Entremont de que su lazo conyugal estaba roto, se veía obligada á renunciar á hacérselo saber. Lucía se resignó, cesó de pensar en él y sólo se ocupó en acomodarse á su nueva vida.

Aunque el Terror reinaba en París en el momento

en que acababa el año 1793 y se abría aquel terrible invierno del año II, al que iban á suceder una primavera y un verano no menos siniestros, para ir á parar en la jornada libertadora del 27 de julio, conocida en la historia con el nombre de Nuevo Termidor, la capital conservaba por ciertas partes su aspecto de animación de otro tiempo. El lujo, ciertamente, parecía desterrado de ella; las tiendas de brillantes escaparates habían desaparecido; por calles y plazas no circulaban ya suntuosos carruajes, y las personas, inspirándose en su atavío en lo que se llamaba la austeridad republicana, habían renunciado á los trajes brillantes que en otro tiempo atestiguaban la elegancia y el buen gusto de los parisienses.

Pero habíalos aún que, á pesar del rigor de los tiempos, llevaban una vida de placeres: representantes del pueblo que trataban de distraerse ó de enriquecerse, especuladores que los frecuentaban á fin de asegurarse el apoyo de influencias siempre en venta, mujeres de costumbres fáciles más ó menos relacionadas con personajes notorios, compañeras de sus disipaciones y cuyos trajes chillones se destacaban sobre el aspecto más modesto de las burguesas y sobre los harapos del populacho.

Se las encontraba en los alrededores de la Convención, en el terrado de los Feuillants, en los Campos Elíseos y en las fondas que las nuevas costumbres habían puesto de moda. La puerta Maillot,

donde se podía comer y cenar, era también un punto de cita para ellos. Se los encontraba también por las noches en los teatros, donde se representaban piezas de circunstancias, y si se consideraba París á través de la agitación con frecuencia turbulenta de aquella gente dudosa, no se hubiera podido creer que la gran ciudad sufría el yugo del Terror más atroz que jamás ha reinado en un país.

Aquel espectáculo atraía á Lucía y, sin embargo, no se atrevía á tomar parte en él. Solamente Dalassene hubiera podido llevarla, nombrarle los actores y servirle, en una palabra, de protector y de guía. Pero la joven temía comprometerle presentándose con él, y como, por otra parte, se hubiera ruborizado de llevar á su hermana á semejantes saturnales, vivía en su casa de la calle del Mont-Blanc casi tan retirada como cuando habitaba en Turín. Algunas raras salidas, por la noche, con Dalassene, cuando éste podía disponer de un momento, y algún paseo de día con su hermana y Esteban Jerold por sitios poco frecuentados, constituían su única distracción.

El joven discípulo de Belliere se había hecho visitante asiduo de la casa, en la que gustaba á todo el mundo, hasta á la Gerard, cuya solicitud siempre despierta se había propuesto por fin guardar á sus amas sin pedirles, en cambio, más que un poco de cariño. Interiormente, se desolaba por lo que veía de culpable en la conducta de Lucía. Pero, impotente

para hacer que cambiase, no habiendo podido impedir ni el viaje á Saboya, ni el divorcio, estaba reducida á desear que el matrimonio regularizase aquella situación dolorosa. Mientras tanto, secundaba á Lucía en sus esfuerzos para impedir que Clara descubriese la verdad.

En aquel momento, Clara, dedicada por entero á los tiernos sentimientos que le inspiraba Esteban Jerold, se abandonaba á las radiantes esperanzas que despierta el amor en un joven corazón. Clara estaba resuelta á casarse con aquel joven si él pedía su mano. Esteban no se había declarado todavía, pero ella sabía que la amaba y como le veía todos los días, pues había imaginado, para acercarle á ella, que le diese lecciones de dibujo, esperaba sin impaciencia que se declarase.

Su respuesta estaba preparada y se la había dejado adivinar á su hermana, que había renunciado á hacerle presente lo anormal que era que una muchacha noble se casase con un plebeyo. ¿Qué valor hubieran tenido esas razones á los ojos de Clara cuando en la sociedad francesa estaba todo tan cambiado? En una Francia convertida en presa de las turbas fanáticas por las ideas nuevas, cuando la nobleza había emigrado y las mujeres de más alto nacimiento estaban obligadas á trabajar para comer en el destierro; cuando la Revolución había abolido el pasado y una condesa de Entremont no había vacilado en recurrir á las leyes nuevas para conquis-

tar su libertad, qué importancia podían tener los usos, las costumbres y los prejuicios que Lucía invocase para combatir la resolución de su hermana?

Por otra parte, temiendo siempre encontrar la muerte en la ruta trágica por la que seguía á Dalassene, decidida á afrontar con él los peligros y temblando sin cesar ante el pensamiento de que si ella perecía se quedaría Clara en el mundo sin afección y sin recursos, Esteban le parecía destinado á ser para la joven el protector más fiel y más seguro. Así llegó á convencerse de que el casamiento deseado por su hermana sería el mejor medio para preservar á ésta en el porvenir de los terribles acontecimientos que los tiempos en que vivían permitían suponer.

Este era también el parecer de Dalassene y la Gerard no le contradecía. Todo en la casa contribuía á la dicha de Clara y á hacer agradable y halagüena la acogida que recibía Esteban Jerold.

Pasaban los días sin que ocurriesen incidentes en la vida de las Palarin. Solamente los acontecimientos que se desarrollaban fuera turbaban el curso monótono y apacible de su existencia. Es verdad que esos acontecimientos eran terribles y podían justificar las mortales alarmas que producían en el alma de Lucía los peligros que corría Dalassene. Las juntas rivales venían á las manos, los dantonistas de una parte, Robespierre y sus parti-

darios de la otra, y, entre esos dos partidos, combatiéndolos á ambos, la facción hebertista. La Convención presentaba el aspecto de una jaula de fieras tratando de devorarse unas á otras.

En este conflicto, Dalassene, sin declararse violentamente en favor de Danton, había parecido dispuesto á colocarse á su lado, y esto fué bastante para hacerle objeto del odio y de la venganza del triunvirato formado por Robespierre, Couthon y Saint-Just, omnipotente en la Junta de Salvación pública, la cual se estaba haciendo á su vez más poderosa que la Junta de Seguridad general.

Al crear esas dos juntas, la Convención había querido confiar á la primera la dirección de los asuntos diplomáticos y militares, la vigilancia y el nombramiento de los generales en jefe, la conducción de los ejércitos y la designación de los representantes que á ellos se enviaban; á la segunda la policía interior de la República, las medidas contra los sospechosos y la dirección de la opinión. La Junta de Salvación pública trataba de despojar á su rival de estas atribuciones, á instigación de los triunviros que proseguían su plan de dominación. Esta crisis, al prolongarse, debía hacer perecer sucesivamente á la mayor parte de los personajes que en ella tomaban parte y poner fin al Terror enviando á la guillotina á los hombres que habían sido sus más ardientes propulsores.

- Dalassene, ardientemente interrogado por Lucía,

durante los momentos que podía pasar á su lado, le hablaba de las circunstancias y de los héroes de estos combates trágicos, que no habían sido al principio más que combates de palabras y que tendían más y más á transformarse en una guerra á puñaladas en la que los adversarios no retrocederían ante la emboscada y la violencia brutal. La joven deploraba verle en aquella pelea sangrienta y hasta concibió la esperanza de arrancarle de ella. Una noche le suplicó que partiesen juntos á ocultarse en cualquier parte hasta el día en que pudiesen reaparecer en París sin peligro. Pero Roberto protestó. Huir de la batalla sería deshonorarse y entregar la plaza al enemigo.

Empleó Dalassene tal energía en estas palabras, que la joven no se atrevió á repetir su tentativa; y resuelta á compartir la suerte con Roberto, cualquiera que fuese, se abandonó al torrente que los arrastraba á los dos.

XI

Como pintor oficial de la República, Belliere tenía su estudio en los sobrados del Louvre, y debía este favor, que le había concedido la Convención, menos á su talento que á su renombre y á la violencia de sus opiniones. Aquellos de quienes se había hecho sicario y cómplice no podían rehusarle nada.

Belliere, pues, se había instalado lo mejor que había podido en aquella vasta sala iluminada por grandes ventanas abiertas en el techo. A la izquierda de la entrada abríase una puerta que daba entrada al gabinete en que se desnudaban y se vestían los modelos. Colgaban de las paredes restos de tapices, croquis, bocetos, escudos romanos, espadas y cascos. En caballetes repartidos por todos lados, exhibíanse copias y bocetos de algunos de los cuadros que habían hecho la reputación del pintor, y, en fin, diversos retratos en ejecución, que él